

Ojalá me nombraras con nombres diferentes.  
Juan Gelman

**E**l libro *Los otros* del poeta argentino Juan Gelman vuelve a poner sobre la mesa de discusión el tema de la *otredad* en la creación poética. Ya sabemos lo que decía Antonio Machado sobre el tema. Octavio Paz lo cita al comienzo de *El laberinto de la soledad*:

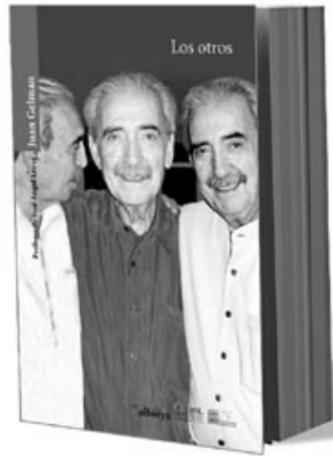
*Lo otro* no existe: tal es la fe racional, la incurable creencia de la razón humana. Identidad = realidad, como si, a fin de cuentas, todo hubiera de ser, absoluta y necesariamente, *uno y lo mismo*. Pero lo otro no se deja eliminar; subsiste, persiste; es el hueso duro de roer en que la razón deja los dientes. Abel Martín, con fe poética, no menos humana que la fe racional, creía en *lo otro*, en “La esencial Heterogeneidad del ser”, como si dijéramos en la incurable *otredad* que padece *lo uno*.

Hay otra cosa que Machado no dice pero que está implícita en sus palabras: entre quienes más padecen *otredad* se cuentan los poetas, los cuales invocan a lo otro, al otro o a los otros como parte de sus estrategias de expresión. ¿Por qué el poeta necesita a veces salir de sí mismo y convertirse en otro, incluso en varios, para escribir poemas?

Aquí es necesario revisar con otros ojos el viejo concepto de “inspiración”. Dejemos de lado mitos tales como la musa, la invocación a los dioses y otras nociones que subordinan la poesía a la misión del profeta o del chamán. Si de algo sirve la terminología freudiana, considero que mucha gente llama “rapto de inspiración” a una confluencia de factores tanto subjetivos como objetivos que provocan que el “yo” entre en crisis y se vuelva inestable.

Escribir un poema representa entonces un intento de recuperar la estabilidad del “yo”. ¿Logra el poeta

# CABALLERÍA



**TÍTULO:** *Los otros*  
**AUTOR:** Juan Gelman. Selección y prólogo de José Ángel Leyva  
**EDITORIAL:** Alforja / UANL  
**AÑO:** 2008

## GELMAN, su incurable otredad

reestablecer su “yo”? Se diría que sí, pero nunca de forma permanente, definitiva. El “yo” del poeta es particularmente frágil y proclive a las crisis recurrentes. Pero, además de ese tenue equilibrio provisional, consigue en compensación algo mejor: un poema que, aunque escrito por él, lo lleva más allá de su circunstancia personal, de su época y hasta de su cultura.

Sin duda, el poeta no es ajeno a las ventajas creativas que conllevan esos “viajes fuera del ego”, en los que los poetas y los actores son desde hace mucho tiempo precursores del personaje interpretado por Arnold Schwarzenegger en la película *Total recall*. Al principio, el poeta nota que ese “yo”, que creía tan suyo, es ajeno a sí mismo pero construido dentro de él por la estructura social para marcarle rígidamente pautas de conducta.

Así que, cuando el poeta descubre que su “yo” es un invento de la sociedad en que vive —en otras palabras, *que su “yo” es una ficción*—, procede, a través de su obra, a conquistarlo, a volverlo realmente suyo y reinventarlo, desdoblado,

multiplicarlo o proyectarlo sobre otros, sean poetas o no, sin importar si son seres reales, imaginarios o apócrifos. El ejemplo por excelencia es el poeta portugués Fernando Pessoa quien, aparte de las propias, creó la biografía y la obra de otros tres poetas: Alberto Caeiro, Álvaro de Campos y Ricardo Reis.

Claro, no es el único ejemplo ni el primero. Ya que mencionamos a Antonio Machado, reconozcamos en él al demiurgo de Juan de Mairena, ese filósofo apócrifo al que le debía tantas enseñanzas. Un caso opuesto al de Pessoa sería el del colombiano Porfirio Barba Jacob, quien también se llamó Miguel Ángel Osorio, Maín Jiménez y Ricardo Arenales.

Gelman, más variado que Fernando Pessoa aunque menos detallado que el poeta portugués, registra en su libro otros diecinueve poetas aparte de él mismo: Yehuda Halevi, Eliezer Ben Jonon, Ezequiel, Isaac Luria, Abu Nuwas, Salomón Ibn Gabirol, Joseph Tsarfati (Giuseppe Gallo), David (sí, el de los salmos), el autor de *Los rollos del Mar Muerto*, Samuel Hanagid, Abraham Abulafia,

Emanuel de Roma, Ramprasad, Yehuda Al-Harizi, John Wendell, Yamanokuchi Ando, Dom Pero, José Galván, Julio Grecco y Sydney West, que aporta la mayor parte de los poetas compilados y prologados por el escritor duranguense José Ángel Leyva, coeditor de *Alforja, revista de poesía*.

Como puede apreciarse, son poetas antiguos y modernos; imaginarios y apócrifos; argentinos, hebreos, japoneses y norteamericanos; conocidos, desconocidos y hasta anónimos. No podía faltar en esta colección un homenaje a Fernando Pessoa, el creador del “drama en gente” de los heterónimos. Siguiendo su ejemplo, Juan Gelman atribuye a José Galván, víctima de la dictadura militar argentina, este homenaje al poeta portugués:

Yo también escribo cuentos  
a eduardo  
había una vez un poeta portugués/  
tenía cuatro poetas adentro y vivía  
[muy despreocupado/  
trabajaba en la administración  
[pública y dónde  
se vio que un empleado público  
[de Portugal gane para alimentar  
cuatro bocas

cada noche pasaba lista a sus  
[poetas incluyéndose a sí mismo/  
uno estiraba la mano por la  
[ventana y le caían astros allí/  
otro escribía cartas al sur/  
qué están haciendo del sur/decía/

[...]  
el portugués tenía cuatro poetas  
[mirando al sur/al norte/al muro/  
al cielo/  
les daba a todos de comer con el  
[sueldo del alma/  
él se ganaba el sueldo en la  
[administración del país público  
y también mirando el mar que va

[de Lisboa al Uruguay/  
yo siempre estoy olvidando cosas/  
una vez me olvidé un ojo en la  
[mitad de una mujer/  
otra vez me olvidé una mujer en la  
[mitad del portugués/  
me olvidé el nombre del poeta  
[portugués/

En su prólogo, Leyva explica que la familia Gelman —judíos procedentes de Ucrania— emigró a Argentina antes de que él naciera. Llegaron al país hablando yidish y ruso. Juan, primer argentino de la familia, quien desde el principio habló castellano, se convirtió en una especie de extranjero entre los suyos. Leyva cita además una entrevista en la que Gelman habla de su descubrimiento de la poesía: “el primer poema que escuché fue un poema de Pushkin, en ruso. Se lo oí a mi hermano, que recordaba todavía algunos versos de Pushkin. En ese momento descubrí la poesía ‘dicha’. Y la dicha de la poesía, añadiría yo.

Llama la atención que, en la entrevista citada, Gelman afirme que, para él, “la poesía era como una hipnosis: me atraían los sonidos, por un lado, y por el otro el misterio de algunas palabras incomprensibles”. Es decir, para él la poesía empezó siendo música antes que significado, misterio de lo incomprensible,

seducción —“hipnosis”, le llama— de *lo otro*. No es extraño que necesitara de la extranjería, imaginaria o no, para escribir poemas, la cual llevó al extremo escribiendo los poemas en sefardí contenidos en *Dibaxu* (1983-1985), que Leyva excluye, no sin pesar, de este volumen. ¿Será que, en trance de poesía, también la lengua materna se comporta como un idioma extranjero?

Acaso, cuando empezó con este juego de escritura apócrifa, Gelman no sospechaba hasta qué punto la *otredad* lo marcaría como experiencia dentro y fuera de la escritura, hasta qué grado necesitó ser otro para sobrevivir, de qué forma la extranjería imaginaria acabaría convirtiéndose en un exilio real y despiadado. Acaso, al evaluar su larga trayectoria iniciada con *Violín y otras cuestiones* (1956), descubrió que, así como la poesía le enseñó a salir de sí mismo, también le ayudó a recuperar lo perdido, lo que le habían arrebatado; a experimentar en carne propia estos versos de *Piedra de sol* de Octavio Paz: “para que pueda ser he de ser otro / salir de mí, buscarme entre los otros, / los otros que no son si yo no existo, / los otros que me dan plena existencia”.

Sergio Cordero

